

Una Oración con Perseverancia #3

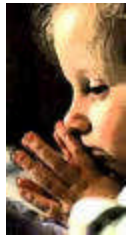


CHARLES H. SPURGEON
1834 - 1892

UNA ORACION PARA TODOS

*Entonces ella vino y se postró ante Él, diciendo:
“¡Señor ayúdame!”
Mateo 15.25*

Hemos visto dos cosas admirables de la oración de la sirofenicia. Primero, su importunidad. Segundo, su apelación directa a Cristo. Una tercera es la intensidad con que ella se identificó con la necesidad de su hija.



Si tú anhelas la conversión de otros, debes hacer lo mismo. Nota que la sirofenicia no se limitó a pedir, “Señor, ayuda a mi hija.” Al principio lo hizo así, pero cuando su fervor creció, comenzó a rogar, “Señor, ayúdame—a mí,” como si la necesidad de su hija fuese literalmente suya. En su corazón estaba aquella por quien suplicaba. ¿Comprendes la idea? Al orar por otros une tu corazón a ellos como si fueras tú mismo—si están perdidos, sea como si tú lo estuvieras, y si son salvos, te sea como un cielo saber que ellos van al cielo.

Cuando Eliseo resucitó al hijo de la sunamita “se tendió sobre el niño, poniendo su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre sus ojos, y sus manos sobre las manos suyas” (2 Rey. 4.34). Así se debe orar por otros. Si queremos conversiones, debemos identificarnos con los inconversos. Muchos se confunden por la oración de Moisés: “te ruego que perdones ahora su pecado, y si no ráeme de tu libro que has escrito” (Ex. 32.32), o por la pasión de Pablo al decir: “desearía yo mismo ser separado de Cristo

por amor a mis hermanos (Rom. 9.3). Pero esto no sucedería si sintieran al menos una vez un amor tan intenso por las almas de los hombres, que de ser necesario arriesgaran su salvación por traer a la gente a los pies de Cristo. El que no conoce esto no sabe lo que es el verdadero latido del corazón de un pastor. Cuando lleguemos al punto de orar: “Señor, ayúdame—a mí” porque dentro de mí llevo a esa gente por la cual oro,” entonces vendrá la bendición.

Pero no sólo la importunidad, la apelación directa a Cristo y la identificación de esta mujer con su hija son admirables. También la oración es en sí admirable. Anteriormente hablé de la brevedad y la coherencia de esta oración. Examinemos esto más de cerca. Ella lo pide todo con una sola palabra: “ayúdame.” La oración es exhaustiva. Sólo usa un verbo que aunque es pequeño implica más de lo que aparenta. Cuando la mujer dice, “ayúdame,” no quiere decir como lo haríamos nosotros, “haz algo por mí, y yo haré el resto.” Ella no podía liberar a su hija, así que al decir, ‘ayúdame’ está diciendo, “Señor, hazlo todo.”

¿Han oído del tonto que tuvo suficiente sentido común para entender el evangelio? Alguien le dijo, “¿Cómo fuiste salvo, Juan? Y él respondió, “¡Oh, Jesucristo hizo su parte y yo el resto!” “Pero Juan, ¿Qué hiciste tú?” “Bueno,” dijo Juan, “Jesucristo me salvó, y yo hice lo que pude para evitarlo.” Esto es ‘el resto’ que nosotros hacemos. Nosotros no hacemos nada para nuestra salvación, porque no podemos; es obra de Cristo de principio a fin. ¡Todo se debe a la bendita y soberana gracia de Dios!

Así que al decir ‘ayúdame’ ella quería decir: “Señor, haz tú lo que se necesita; yo no puedo hacer nada. Aunque tú no seas enviado a mí, ‘ayúdame’. Enséñame qué pedir, cómo pedirlo, qué pensar y qué hacer. Nunca ha habido alguien tan necesitado como yo; rescátame, salva a mi pobre hija.”

Con esta sola expresión tan aparentemente insignificante—ayúdame—ella lo pide todo. Y si lo notan, en esta oración hay una conexión que une a esta mujer y a Cristo. Algunos de ustedes, pobres criaturas, quieren unirse a Cristo haciendo algo por Él. Eso es imposible; jamás lo van a lograr. La única forma es que Él se incline y haga algo por ustedes. Si se someten a este arreglo, Él les dará lo que necesitan, y lo hará gratuitamente. Los términos deben ser que Él, de

principio a fin, lo haga todo, sea todo y tenga toda la gloria. Si aceptan, esa asociación bendita comenzará de inmediato.

Así que si quieres tener éxito como esta mujer, debes imitar su perseverancia en la oposición. Acuérdate de la viuda que recibió justicia del juez injusto por su importunidad o del hombre que consiguió pan a la medianoche porque insistió hasta que su amigo se levantó de su cama y le dio lo que pedía. ¡Oh, amado, ruégale a Dios, clama diligentemente, implora ser salvo como lo harías si de eso dependiera tu vida!; levanta esta súplica: “Señor, ayúdame.” Si pides esto, ten la seguridad que tendrás a Cristo, pues Él nunca rechaza una súplica así.



(Para la continuación oprima el título:
¿Afligido? Lee esto #4